

## CALDERÓN EN LOS INTERSTICIOS DE DESCARTES

José Ramón Arana  
(Universidad del País Vasco - EHU)

Descartes pasa por prototipo e iniciador de la modernidad y desde los estudios de Heidegger<sup>1</sup> es esa una opinión historiográfica consolidada. Pero hay ciertos rasgos de la filosofía de Descartes, por ejemplo, la inadecuación entre lo que hace y lo que dice que hace, que se han transmitido a su posteridad y que han fundado el tópico de la modernidad como un continuado recomenzar, lo que Paz ha llamado la paradoja de la "tradición de la modernidad".<sup>2</sup> Pero la modernidad tiene otras manifestaciones que no pretenden romper con el pasado y, sobre todo, tematizan aspectos que faltan por completo en Descartes.

Este teorizó la *res extensa* y la *res cogitans* y tuvo voluntad de buscar su encuentro. Este dualismo, de origen neoplatónico, reactualizado de forma original, y anclado en el sujeto epistemológico humano, tuvo consecuencias ontológicas destructoras tanto de la experiencia como de la realidad que, antes que los filósofos fueron los estetas y críticos de arte, notablemente Winckelmann, los que se encargaron de poner de relieve.<sup>3</sup>

Pero hay en Descartes una ausencia clamorosa, la de la acción, de la que su ética provisional y la imposibilidad de construir una ética a lo largo de su vida, a pesar de sus declaraciones en contra, son la expresión más contundente. Por eso, en Descartes carecemos tanto de una teoría moral como de una teoría social, aspectos ambos en los que abundan sus contemporáneos, desgarrados por luchas civiles e internacionales, por guerras religiosas, en proceso de constitución del nuevo estado moderno y de las nuevas formas de sociedad, y que hubiera necesitado explicitar. Esta ausencia no es sólo una insuficiencia de una filosofía, que no tiene por qué tratar todos los temas, sino señal de una carencia que impide legitimar su pretensión de representar la modernidad. ¿Cómo un filósofo que aspire a ser cifra de la modernidad puede prescindir de enfrentarse con la problemática de la libertad de Lutero, con el tema de la convencionalidad y el maquiavelismo social, con la fundamentación natural del derecho? Demasiados vacíos, cualquiera que sea su explicación.

Calderón de la Barca (1600 - 1681), estricto contemporáneo de Descartes, ofrece en sus obras una reflexión detenida sobre lo que precisamente falta en Descartes: una teoría de la acción. Si es cierto lo que Ortega afirmaba, que el hombre es acción, Calderón teoriza la res dramática, el conjunto de entrelazamientos del hombre en su vivir.<sup>4</sup> No pretendo en este trabajo indicar, ni siquiera a modo de un esquema rápido, los puntos de contacto entre ambos pensadores. Son muchos y fundamentales: el sueño, la duda, la voluntad de poder. Y no menores sus diferencias. Ni quiero entrar en el origen de estas semejanzas y divergencias.<sup>5</sup> Sólo voy a

<sup>1</sup> cf. "Die Zeit des Weltbildes", en *Holzwege*, Frankfurt am Main 1972, p. 81 ss; 91 s.

<sup>2</sup> cf. O. Paz: "Los hijos del limo", en *Obras Completas*, t. 1, 1991 p. 331 ss: "... la tradición moderna de la poesía. La expresión no sólo significa que hay una poesía moderna sino que lo moderno es una tradición".

<sup>3</sup> cf. José Ramón Arana: "El anticartesianismo de Winckelmann", en *Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1996, en prensa.

<sup>4</sup> cf. J. Ortega y Gasset: "En torno a Galileo", en *Obras Completas*, Madrid, t. V, p. 95.

<sup>5</sup> Aunque no lo trata expresamente, indica en numerosos lugares estos solapamientos A. Regalado: *Calderón. Los orígenes de la modernidad*, 2 vols., Barcelona 1995, excelente libro por la información y por la reflexión y análisis que le acompaña.

estudiar un punto que no aparece en Descartes, pero que es de los que acompañan, casi como un retintín, el nombre de Calderón: los celos.

A nosotros, hombres de casi el siglo XXI, el tema de los celos nos provoca dos tipos de reacciones, ninguna muy apropiada para escuchar a Calderón. O son un residuo patológico de una sexualidad mal conformada e insatisfecha. O son la expresión de una sociedad bárbara y medievalizante, la española de los siglos XVI y XVII, a la que Calderón habría dado voz dramática e incluso trágica. Aunque la sexualidad insatisfecha sigue siendo una asignatura pendiente no sólo de solucionar, sino de pensar, no es este tema general el que me propongo dilucidar ahora. La España medievalizante de esos siglos nos queda extraordinariamente lejos, por lo menos a los españoles actuales, volcados vertiginosamente al futuro y muy dados al olvido. Y, aunque seguramente se podría demostrar que las tragedias de celos de Calderón no reflejan la sociedad de su tiempo, sino que son un constructo arquetípico de su autor,<sup>6</sup> yo voy a estudiar los celos como paradigma de uno de los aspectos de la modernidad: la *contradicción inherente entre la acción como representación y las condiciones para su surgimiento, la subjetividad*.

### Universo semántico del celoso

Calderón analiza los celos en un doble eje: el del significado y el de la intersubjetividad.

El universo semántico del celoso se caracteriza por una conflictividad intrínseca. Por un lado, es de una lucidez extrema. Nada se le escapa, a todo atiende, aspectos que antes le pasaban totalmente desapercibidos, ahora adquieren significado: una puerta entreabierta,<sup>7</sup> una luz que se apaga, un cuchillo caído. Es un hombre alerta, un hombre con una conciencia exacerbada del significado. Este despertar al significado se hace siempre desde una posición social ya dada, en general, de prestigio y reconocimiento: los criados no tienen celos.<sup>8</sup> El celoso es removido en su cotidianidad, de su rutina, a un mundo que cada vez le depara nuevas sorpresas.

Pero esta exacerbación semántica no tiene descanso alguno: no es que las cosas adquieran nuevo significado o que algunos aspectos del mundo antes indiferentes ahora sean valorados; es que *todos* los fenómenos se vuelven relevantes. Pero de una manera peculiar: todos apuntan a un único y exclusivo tema, la culpabilidad del otro. Es como si el universo semántico no tuviese más que un único significado. Estos dos aspectos totalitarios del proceso de significación del celoso encierran ya en sí mismos una imposibilidad. Porque una de las condiciones de la significación es el grado cero, el silencio, como oposición general entre el significado y lo otro. La obsesión por significar todo impide el telón de fondo sobre el cual el universo significativo puede manifestarse como tal universo significativo. Y el monotematismo atenta contra otra condición básica del significado: su pluralidad. No sólo debe haber varios signos para que haya significado, sino que el juego de los signos es equívoco, plural, inesperado. El monotematismo impone —pretende imponer— a los signos la ley de la univocidad y, lo que es más grave, la de la unicidad. El sujeto se quiere dueño del significado. Bajo el pretexto de la interpretación se aniquila una de sus condiciones: el sujeto no es producto de los signos, sino su creador. El significado, por tanto, queda devastado.

<sup>6</sup> cf. A. Regalado, *o.c.*, t.I., p. 361 ss.

<sup>7</sup> "El médico de su honra", en Pedro Calderón de la Barca. *Obras completas. II: Dramas*. Nueva edición, prólogo y notas de A. Valbuena Briones, Madrid 1991, p. 334; en lo sucesivo *Dramas*.

<sup>8</sup> Si los tienen, por ejemplo, Castaño en "El escondido y la tapada", pero su solución no es la de sus señores ni ha dedicado Calderón una tragedia específica a este tema.

Este es el conflicto característico del universo semántico del celoso: una conciencia hipersensible al significado, una devastación total del significado provocado por esa conciencia. Y cuanto más pasos de el celoso en su conflicto, más agudiza ambos lados del problema y su incompatibilidad. Ante ese conflicto el celoso hubiera podido elegir varias salidas: descanso de la lucidez y situación de sosiego; pero eso le haría perder la sensación de saber. Podría renunciar también al monotematismo y dar paso libre al juego de los signos; pero con ello el celoso perdería la conciencia de su individualidad: a fin de cuentas ha salido del grupo social por obra precisamente de ese tema, es él el elemento esencial de su identidad como individuo; perdería también la capacidad de control, la dispersión de los signos le devolvería a la situación primitiva de indefensión que ha sido, precisamente, la que ha provocado su situación actual. Estas respuestas posibles y que el celoso evita muestran cuáles son los puntos de su debilidad y de su fuerza: la afirmación de una identidad individual basada en el saber y que le protege contra la falta de reconocimiento. Sobre esto volveremos. Frente a todo ello el celoso elige la racionalización: es un discursador que sopesa los pros y los contras de los distintos indicios, expone ante su conciencia los presuntos motivos de su actuación, dilucida los componentes de los actos y de las circunstancias.<sup>9</sup> El carácter racionalizador y no racional de tal comportamiento se comprueba por la descompensación entre las razones que se da para actuar y la actuación misma: con esos mismos argumentos podrían sus protagonistas haber sacado conclusiones completamente diferentes o ninguna.

### La intersubjetividad celosa

El celoso, como todos, vive entre otros, pero, a diferencia de otras relaciones, trata por todos los medios de evitar el proceso comunicativo, controlando sus flujos: vive también en la paradoja de querer ser dueño de lo social, siendo su esclavo.

Es una persona casada, de posición respetable. Entre solteros, incluso entre prometidos, no hay celos posibles: se rompen las relaciones y eso es todo. Sólo las instituciones vertebradoras de lo social generan celos.<sup>10</sup> El celoso tiene su dignidad dañada o presume que la tiene por una falta de reconocimiento por parte del otro del comportamiento que se le debe socialmente. No se trata de la culpabilidad o inocencia del partner: en todas las tragedias de celos las mujeres resisten por todos los medios el cerco y el accecho de sus pretendientes, por ejemplo, Dña. Mencía el del Infante Dn. Enrique en "El médico de su honra",<sup>11</sup> o Dña. Leonor el de Dn. Luis en "A secreto agravio, secreta venganza"<sup>12</sup> y Serafina el de Dn. Alvaro en "El pintor de su deshonra".<sup>13</sup> Pero basta esta pretensión para justificar los celos. Y es que el celoso no se queja de infidelidad o de falta de amor de su esposa. No es una relación de amor dañado en el tú a tú de la pareja, sino una reacción indignada ante la falta de respeto de otros en el terreno de las relaciones sexuales de uno mismo. Es esa intromisión, cualquiera que sea el resultado en la pareja, lo que provoca los celos. Esto se percibe muy bien en un tópico que repite casi siempre el celoso:

---

<sup>9</sup> Ver los monólogos, por ejemplo, de Dn. Gutierre en "El médico de su honra", en *Dramas*, p. 334 - 335, el de Dn. Lope en "A secreto agravio, secreta venganza", en *Dramas*, p. 436 - 437, el de Heracles en "Los tres mayores prodigios", en *Dramas*, p. 1583 - 1584.

<sup>10</sup> Por eso, un hermano responsable de su hermana puede estar celoso de ella, como Dn. Juan de su hermana Dña. Beatriz en "Mañana será otro día".

<sup>11</sup> cf. *Dramas*, p. 318, 319, 320, 321, 323, 328 - 329, entre otras.

<sup>12</sup> cf. *Dramas*, p. 432.

<sup>13</sup> cf. *Dramas*, p. 878 - 879, 882 - 883, 893 - 894.

...¡Mal haya  
el hombre que con mujer  
hermosa en extremo casa!  
Que no ha de tener la propia  
de nada opinión: pues basta  
ser perfecta un poco en todo,  
pero con extremo en nada,  
que es armiño la hermosura  
que con su riesgo se guarda,  
si no se defiende muere,  
si se defiende se mancha.<sup>14</sup>

Esta es la gran paradoja: el peligro no estriba en que las mujeres más hermosas sean también las más casquivanas e infieles, sino en que los demás las desean más. Y esta es la clave de la cuestión. El celoso quiere controlar no ya a su pareja, exigiéndole una reciprocidad, ni quiere controlar el comportamiento del otro social. El celoso no se dirige a la conducta: quiere controlar el deseo del otro. Ahí se ve su afán de dominio. Con ello mata una de las fuentes de la vida social. Pero ninguna frase revela mejor su impotencia que la última: el mero intento de defensa es ya una culpabilidad.

Para solucionar su problema podría el celoso recurrir a la palabra y a la discusión, bien con su mujer, bien con el provocador. Pero eso es lo que nunca hace. A la palabra y a la espada, al duelo, recurre cuando el honor está herido: recurso rápido y facilísimo. Y esto es lo que distingue a los celos del honor, aunque el honor siempre esté por medio en los problemas de celos; pero no a la inversa. El celoso recurre al silencio, al secreto: ni a sus más íntimos amigos cuenta lo que le pasa, ni a su mujer, sometida a sospecha permanente.<sup>15</sup> El celoso se cierra así las puertas de toda posible intervención en el proceso social. Y, cuando se cree más dominador, es cuando en realidad más esclavo y más tributo rinde a lo social: no se atreve ni a imaginar que pueda él enmendar el orden social.<sup>16</sup> Quiere sólo imponerse en él. Herido en su imagen social, el celoso se autoafirma confirmando los mecanismos que generan esa lesión. Pero el celoso no pierde la lucidez: uno de sus temas recurrentes es el de la insensatez que supone el que el honor de uno penda del arbitrio de otros, que la limpidez de una vida se obnuble en un instante y sólo porque otro quiere difamar, el que la inocencia y la culpabilidad no tengan nada que ver en este asunto.<sup>17</sup>

### La venganza

Las tragedias de celos terminan con la muerte de la víctima, que, ya sabemos, es inocente. Va tan unida la representación de la muerte vengativa a los celos que nos da la impresión de que no hay otra salida posible y que es normal que así sea. Pero la conexión necesaria de muerte y celos es una creación de Calderón. ¿Cuál es su lógica? ¿Por qué el celoso debe matar?

La mujer es, en primer lugar, objeto del deseo del otro. Si la elimino, elimino no sólo el peligro, sino la posibilidad misma del deseo del otro; mi dominio sobre él es completo. Pero es que, además, la mujer es fuente de libertad: ni en los mayores momentos de amor puede nadie

---

<sup>14</sup> cf. "El mayor monstruo del mundo", en *Dramas*, p. 474; y también "El médico de su honra", en *Dramas*, p. 334.

<sup>15</sup> cf. "El médico de su honra", en *Dramas*, p. 335; "A secreto agravio, secreta venganza", en *Dramas*, p. 437; "El mayor monstruo del mundo", en *Dramas*, p. 481.

<sup>16</sup> cf. "A secreto agravio, secreta venganza", en *Dramas*, p. 446.

<sup>17</sup> cf. "A secreto agravio, secreta venganza", en *Dramas*, p. 446; "El pintor de su deshonra", en *Dramas*, p. 897.

atropellar el libre arbitrio de nadie; y el de la mujer tampoco, como lo recuerda la propia Dña. Mencía.<sup>18</sup> Matándola, elimina el celoso otra fuente de dependencia. Finalmente, la mujer es nudo de relaciones sociales: ella es la anfitriona, la que recibe a Dn. Enrique herido en "El médico de su honra",<sup>19</sup> la que trae a los salvajes Heraclio y Leonido de las montañas al palacio en "Esta vida todo es verdad y todo mentira".<sup>20</sup> Y esta es la ambigüedad básica de la mujer, puesto que denota el estatus social reconocido del marido, como el solterón que finalmente se casa en "El pintor de su deshonra",<sup>21</sup> pero también la convierten en centro de todas las fuerzas cuyo peligro olfatea el celoso. Al matarla, el celoso elimina los peligros. En suma, el celoso mata a la mujer porque es el signo y el lugar de su debilidad: testimonio demasiado próximo de todo lo que el celoso no quiere.

Esta muerte no transcurre por los cauces de la ley: ni por la del significado ni por la de las relaciones sociales. Por eso, después de la muerte estamos donde estábamos, como al comienzo. Y por eso precisamente es venganza, no solución. El celoso se autoafirma, pero no como individuo, sino como tipo, como un ciclo condenado a repetirse.

En el análisis de la figura del celoso Calderón ha prefigurado algunos de los elementos de ciertas tendencias de la modernidad, como decía. La imposibilidad de compatibilizar el universo de la representación como modo de dominio con los principios constituyentes que lo generan: la autocerteza de la subjetividad. Si Heidegger tiene razón en su análisis de la modernidad y en pensar que Descartes es el núcleo de esa mentalidad, en Calderón encontramos ya una crítica lúcida de esa lógica implacable de la mentalidad tecnológica. Pero no hay que creer que Calderón se acaba en ello.

---

<sup>18</sup> cf. "El médico de su honra", en *Dramas*, p. 321; también en "A secreto agravio, secreta venganza", en *Dramas*, p. 437.

<sup>19</sup> cf. *Dramas*, p. 318.

<sup>20</sup> cf. *Dramas*, p. 1130 ss.

<sup>21</sup> cf. *Dramas*, p. 863 - 869.